

Juan Negro

## La moza y las albas

MOZA

UELE a mimbres del valle tu cesta deli-  
[cada  
y yo la voy llenando con yuyos, con reta-  
[mas,  
con gramillas sin nombre y a veces con un beso  
que semeja guijarro caído entre escarolas  
y lilas violentadas.

Los rizos del helecho hacen reír tus ojos  
y persigo esa risa hasta el límite último  
cuando ya se confunde con la raíz que coges  
para que bien conozca la lección de tus dientes  
en luz de clorofila.

Y ya no existe cesta y eres tú la que existe  
con poder de arrayanes y fucsia abigarrada;  
ramillete que gusta de dar celos al río  
con entregar rodillas y muslos al arroyo.  
¡Y al darnos celos, cantas!

## LAS ALBAS

El alba me ha mostrado—ya terrestre o marina—  
sus múltiples alertas y sus suaves misterios  
en horizontes amplios que gritar parecían  
lo inmenso de las formas que van surgiendo apenas.  
El alba me ha mostrado con olores violentos  
que todo puede alzarse de un azar repentino.  
Y las albas se huelen porque las hierbas hablan  
largamente por ellas. Y lo hacen las espumas  
cuya salobre estirpe se atenúa en la espera  
de la virgen que avanza.

Entonces, cuando el sol de firmes jabalinas  
se yergue para herirnos en la frente o los párpados,  
olemos a las albas y asidos a sus vestes  
—en el mar, en la tierra—con tristeza de niños  
hundimos nuestros ojos en sus regazos frescos.

Junto a una ventana ¿podría yo decir  
cuántas y cuántas albas me han hecho renacer?

De corazón a alma yo he nacido con ellas  
para marchar enhiesto sobre el áspero día  
e ir al cabo a tenderme sobre las turbias noches  
cuando ya sólo anhelo que las albas me cojan  
de nuevo entre sus brazos— en el mar, en la tierra—  
con todos sus misterios de múltiples alertas.